

Descanso del recuerdo.**Seudónimo: ERVE sin hache**

Después de largos años volví a Folilco el pueblo de mi juventud donde ya quedan muy pocos de mis contemporáneos, algunos ya fallecidos y otros que tomaron rumbos lejanos. A mi llegada lo primero que atrajo mi atención personal fue un lugar que se encuentra situado a mano izquierda de la ruta principal adornado con flores, casitas minúsculas y cruces de madera inscritas con los nombres de cada persona fallecida en el pueblo, muchos de ellos también conocidos míos. Yo observo este lugar especial con el interés de mis ojos inexpertos, silencioso, las altas nubes permanecían quietas en lo alto de la montaña, no se movía ni una hoja, esta monotonía es solo comparable cuando ya no vivamos más y pensar como es de hermoso todo en el mundo cuando se refleja en nuestro espíritu. Los sucesos del pasado y del presente existen a la vez pero cuando uno está vivo nuestra conciencia los recorre en forma secuencial. Cuando estuve frente a este pedazo de tierra con aspecto ceremonial, algo se abalanzó sobre mí como que sacudiera mi conciencia que sin duda es parte de mi propia historia, siento la fuerza de este rincón transmitiendo al mundo señales que participan en su marcha. El tema era interesante y necesitaba desmadejarlo para conocerlo más en detalle, que para mí hasta entonces era desconocido. ¿Qué hacer? Pienso en dos amigos históricos de mi juventud que podrían ayudarme el Beto Sandoval y Humberto Poblete. Me puse en ruta con el propósito de encontrar alguna explicación, con certeza es un hecho que salta a la vista de cualquier visitante que llega al pueblo. Pero se me vino a la memoria un accidente que tuvo lugar en los años 60 en este mismo espacio terrenal, una niña de unos cuatro o cinco años de edad falleció allí, producto del impacto de un vehículo que si recuerdo bien era una camioneta conducida a excesiva velocidad por un patrón de Fundo donde más tarde fue instalada una animita y la familia le dejaba flores y le encendía velitas. Bueno para mí, esto es un punto de referencia y nada más. Quien es un gran conocedor de la historia del pueblo de Folilco es mi amigo Humberto Poblete, por lo tanto, dirigí mis pasos en esa dirección, no me fue difícil encontrarlo dado que aún vivía en la casa legada por su abuelo don Isaac Poblete en la calle para Mi Tierra. Este pueblo tenía calles sin nombre ni apellido, se identificaban solo con

“donde la señora y el señor tanto” o la calle que va a Las Huellas, a Mi Tierra o a Riñihue. El día estaba soleado, al mismo tiempo me divertía mirando con ojos profundos las casas del pueblo donde todo ha cambiado, especialmente caminar por las calles que ahora están pavimentadas con veredas bien construidas y que en mis tiempos eran de tierra y polvareda, por lo que se puede apreciar a simple vista el pueblo ha sufrido una importante metamorfosis en dirección de la modernidad, lo que por supuesto es positivo para la calidad de vida de los habitantes. Era como si el pueblo con nuevos colores y aires nuevos hubiera estado esperando durante largos años para ingresar en el paraíso terrenal. Tuve la impresión de encontrarme frente a lo desconocido, lo que veo es una maravilla, ya no tengo miedo, me siento en confianza, los colores del campo son hermosos. Caminando a tranco lento por la calle, me encontré con alegría con Chela López una antigua conocida, con sorpresa hablamos largo sobre la gente del pueblo de los que quedan y de los que se han ido y nunca han retornado. La juventud soñando en abandonar el pueblo para emigrar a la ciudad donde sea posible vislumbrar mejores oportunidades y poder crecer como personas. Una bella mariposa de colores múltiples aparece aleteando y desaparece rápidamente con la intención manifiesta de darme la bienvenida. Llegué a la casa de mi amigo Humberto, desde la vereda lo llamé en voz alta, al parecer me escuchó y salió a abrir el portón. Después de estrechar nuestras manos la conversación se disparó como la corriente de un río que sigue su curso sin detenerse nunca con la más limpia naturalidad e inocencia que embellece la vida del caminante. En sus gestos entendí que más que la sorpresa fue la curiosidad que lo predispuso a escucharme y a ofrecerme su ayuda como la persona que está siempre interesada en los acontecimientos del pueblo. Por mi lado evité de entrar directamente a lo medular del tema desplazando mi conversación por los bordes en una tentativa de calentar los motores que más tarde se lanzarían a alta velocidad. Mi conversación tangencial ingresaba “piano piano va lontano” al interior del círculo geométrico y así saltó mi primera pregunta para ver si mi amigo Humberto podía contarme algo sobre este lugar tan especial, que da la impresión de un cementerio en miniatura, situado a la entrada del pueblo con casitas, flores y cruces con nombres y

apellidos. El accedió con gusto a decirme: “mira, este lugar es sagrado para la gente del pueblo, cada vez que una persona fallece y es sepultada en el cementerio de Los Lagos, con posterioridad la familia del difunto instala flores como el sello transitorio que no alcanzan a mostrar sus pétalos en su plenitud ni a ofrecer la embriaguez de sus aromas, y una cruz de madera donde se inscribe su nombre completo para recordarlo para siempre. Este ritual se está practicando bajo esta forma con respeto y humildad desde hace muchos años sin tener en cuenta la particularidad de cada religión, poco importa si tú eres católico o evangélico”. Le agradecí mucho esta importante información a mi amigo Humberto. Creo que la gente del pueblo participa con este ritual particular en la idea de la vida eterna que se inmortaliza en el recuerdo colectivo como una regla esencial de la naturaleza humana. Aquí queda plantado el recuerdo de la gente sencilla como una forma diferente de entender la vida en una dimensión de profundidad social y que con el correr de los años se ha socializado en la población del pueblo. El mundo social es un laberinto complejo que constituye la vida en su marcha diaria, no podemos olvidar que estamos de paso por esta tierra intensa con sus dolores, heridas y felicidades. Lo que importa es que los lugares donde ellos fueron felices no deben morir. Todo el mundo se codea con la muerte, no debiera ser algo de temer de nada, pero hay que disfrutar al máximo de los padres cuando están en vida, de la familia en general y de los amigos. Humberto agregó que además del ritual ya explicitado en sus palabras, “también existe el hábito de enterrar en el mismo lugar el taco de los zapatos del difunto” Mi amigo no tiene una respuesta categórica, cree que conversando con la gente de ahí piensan que es “para que no se lleven a otros y evitar muertos” son creencias populares que “se distancian de la doctrina de la iglesia católica”. Los zapatos también mueren, han vivido con fidelidad complaciendo a un caminante cansado. Estas suelas y tacos que saben de andaduras descarriadas en el barro y en las intemperies, con la edad avanzada hacen surgir la pregunta si no es un paso más delante de la muerte. Para algunos se trata de creer en el cielo o en el infierno. Los zapatos representan el camino largo de la vida que recorre el mundo sin parar, quizás el hecho de enterrar los tacos de los zapatos simboliza la vida que

se ha detenido para siempre que también se transformarán en polvo con el correr de los años, que esta persona que los usó nunca más podrá recorrer los senderos de la naturaleza como lo hacía en vida, solo quedarán los recuerdos con algunos de sus libros con historias relatadas, pertenencias, muebles y objetos colgados en la pared. Hay que soportar la muerte de algún familiar o amigo, la muerte la hemos conocido desde la más tierna infancia. Todos se codean con la muerte y por ese motivo tenemos que aceptarla con mucho amor. Nuestros padres han fallecido y se echa de menos su amor incondicional. Muchos se fueron sin decir nada después de cruzar la alborada en medio del Océano, enarbolando cantos de noche y de día que acariciaron sus pasos cansados llevándose el otoño en sus brazos y desde el silencio nacieron las raíces con sus ramas verdes dando frutos melancólicos que jamás regresarán desde la nostalgia del tiempo. El dolor, al sentirse un ser querido abandonado, perdurará largo tiempo mientras dure el proceso del duelo. “Este es su legado con el que vivió sus últimos años”, es la lápida escrita en su memoria. Muchos fueron soñadores y no quisieron que sus sueños fueran conocidos por el resto y otros de gran corazón aplastados por el peso de las injusticias de la vida. Es posible que también sea una forma de rendir el último homenaje a un ser querido rindiéndole honor bajo esta forma tan sencilla de sepultar los tacos de los zapatos, perpetuando así su recuerdo e importándole su inmortalidad que representa una historia de vida. Finalmente de todo esto no quedará nada y tarde o temprano caerá en el olvido, y como dice el refrán popular “el tiempo lo cura todo”. Al despedirme de mi amigo Humberto Poblete nos separamos con la satisfacción del deber cumplido, pero sin negar que con la edad comienzan los padecimientos físicos, de los que nadie está ajeno, con sus complicaciones en las rodillas que tanto molestan al caminar y subir las escaleras y otros achaques inherentes al paso de los años.

Me dirigí al río Chocolate con su amable corriente rodeado del mismo monte ancestral que sombrea sus antiguas aguas, al sentir su murmullo mi esencia fundamental se borró al hundirme en él como el mejor recuerdo de mi juventud que me integra en el flujo de la madre naturaleza que es definitivamente sabia por siempre. Recuerdo cosas importantes que ocurrieron por estas tierras hacen años

atrás pero las siento como si hubieran ocurrido ayer y los años seguirán pasando con rapidez. Así es la vida como las plantas que crecen con tan poco y se acomodan a todos los espacios del jardín, sea éste silvestre o producto de la mano sabia del ser humano, con el amor a manos llenas y con una sonrisa franca. Creo haber hecho un camino útil para volver al punto de partida. Buscar una vida mejor me empujaba al ardor de mi sangre joven, ahora su fuego se ha ido extinguiendo paulatinamente, no dejar nada material para heredar tiene sentido y razón navegando entre tanta gente simpática y otra un poco menos, como el aire de los montes que viaja velozmente hasta desaparecer. Uno es lo que es durante su existencia transitando por caminos de diálogos donde sea posible la discusión con sus adversarios. Es imperioso de ponerse de pie frente a la utopía con la idea de participar en la idea de la vida nueva que haga tiritar al mundo con nosotros mismos como actores de nuestro destino luchando contra los poderosos dueños del planeta con sus privilegios y abusos sin nombre. Somos los invulnerables testimonios de la humanidad y estamos aquí “para contarla” como decía Gabriel García Márquez, herederos de la genética antigua de cada pedazo de tierra y de los mares gigantes con rostros anhelantes recorriendo la geografía dispersa con ganas de descubrir su generosa belleza hasta hacer desaparecer la soledad durmiente en la mañana africana vestida de gacela que corre más rápido que una leona hambrienta en búsqueda de una presa para alimentar a sus cachorros.

Seudónimo: ERVE sin hache